

La Fotografía

Revista Mensual Ilustrada.

PRIMERAS RECOMPENSAS

Exposición regional de Madrid Fotográfica de Valencia	UNIVERSAL DE BRUSELAS	Internacional de Zaragoza Universal de Buenos Aires
--	-----------------------	--

AÑO XII	<i>Madrid, Noviembre 1913.</i>	NÚM. 146.
---------	--------------------------------	-----------

DIRECTOR: <i>Antonio Cánovas.</i>		ADMINISTRADOR: <i>José Fernández Arias.</i>
--------------------------------------	--	--

Crónica.



La vocación fotográfica del profesional, y la del aficionado.

I

LA DEL PROFESIONAL

ANTIGUAMENTE, y al decir antiguamente nos referimos á unos cuantos años nada más, pues la fotografía es una invención relativamente joven, puede decirse que no había vocación fotográfica profesional.

Era el procedimiento novísimo de retratar á la gente por medios exclusivamente mecánicos una especie de juego de manos que hacía pensar á los hombres estudiosos y trabajadores, en la posibilidad de ganarse con él, y muy honradamente, el sustento y lo necesario para subvenir á las exigencias de la vida. La codicia, pues, aunque noble, porque el trabajar dignamente por ganar el pan nunca será vituperable, fué la que engendró á los primeros fotógrafos. Se encontraban

con que, por virtud del uso de un aparato (la cámara obscura) y de unas cuantas manipulaciones engorrosas y difíciles, pero fáciles hasta cierto punto de aprender, se substituía el dibujo y la pintura, consiguiéndose retratos que la gente, por la novedad del caso, aceptó en seguida. Sucedió, por consiguiente, lo que ocurriría hoy si apareciese un aparato que hiciese trajes economizando las hechuras del sastre, y los primeros fotógrafos no fueron, por tanto, sino meros industriales que con poco capital, algún estudio, una poca habilidad y muchísimo trabajo manual, producían cosas que, aun pagadas á mezquinos precios, valían infinitamente más que su coste. Se podía, en una palabra, ganar dinero. Y los primitivos fotógrafos (como, después de todo, hacen los contemporáneos) no buscaban en la fotografía sino un medio decoroso de costearse la vida.

Se nos podrá argüir que, como ya hemos indicado, no es otro el móvil que impulsa á los profesionales de estos tiempos. Pero, reconociendo la justicia de la observación, insistiremos en que, antiguamente, el fotógrafo industrial no perseguía otra finalidad que la expresada, y lo prueba el que se dedicaran á fotógrafos multitud de hombres que nada tenían de artistas ni de iniciados, y más parecían á esos autómatas que llevan la batuta de los órganos mecánicos de feria, que elementos intelectuales directores de las manipulaciones fotográficas. Eran los *deux ex machinas* de sus laboratorios, la fuerza que cargaba los chásis, enfocaba, daba exposición y después revelaba, pero sin participación imaginativa la más mínima. Eran una cubeta más, ó á lo sumo, la rueda catalina de sus máquinas.

Y en honor de la verdad sólo para eso les alcanzaba el tiempo. Tal era el número y la complicación de las operaciones que eran necesarias para llegar á la entrega de un retrato.

Pero sobrevinieron casi inmediatamente los perfeccionamientos, y sólo el de desterrar el colodión substituyéndolo por las placas secas, simplificó de tal modo la manera de operar, que los fotógrafos tuvieron ocasión de enterarse de que, con la fotografía podía hacerse mucho más de lo que hasta allí con ella se había conseguido. Entonces fué el afinar en la distribución de las luces, en la obtención del relieve, en la colo-

cación y expresión de los retratados con todas las demás mejoras que, á poco, se fueron marcando en el oficio.

Ya entonces no se podía ser fotógrafo con sólo comprar á algún franchute trashumante las cámaras que desechaban en París, y recibir unas cuantas lecciones del procedimiento. Ya se requería tener intuición ó instinto artístico, y los fotógrafos fueron ascendiendo de la categoría de simples industriales á la de hombres de buen gusto que anhelaban explotar, además de las ventajas, de la flamante invención de retratar, la intuición artística, ó la habilidad de que estaban dotados. Pero á pesar de la superior jerarquía intelectual de los fotógrafos, todavía su industria era un oficio, y los hijos heredaban de sus padres las galerías fotográficas, como yo puedo ahora heredar una fábrica de pastas, á pesar de no tener ni nociones de cómo se confeccionan las sopas. Las categorías, además, se conquistaban por rigurosa antigüedad (la entrada era por mozo de limpieza de la galería) y no era raro ver de jefe de una galería á quien había empezado por barrerla, siguiendo por limpiar el polvo á los objetivos, sacudir las alfombras, poner las prensas al sol, lavar las cubetas, fijar las pruebas, decantar en las tinajas los residuos de la plata, cargar los chásis, revelar algún cliché, virar las positivas, satinarlas, pegarlas con engrudo, tapar puntos á las placas, y, finalmente, recibir al público y tratarle.

Era yo un niño cuando me llevaron á la fotografía de un señor que era talabartero de oficio, pero que retrataba á la gente, porque *se había casado* con la hija del dueño de la galería. Es decir, que pasaba lo mismo que en la política española, donde á cualquier sujeto ignaro se le coloca de jefe, á veces, de cuerpos facultativos, tan sólo por el hecho de haber compartido legalmente el tálamo nupcial con la hija de un ministro ó personaje de campanillas. ¡Y así sale ello, y así salía en los tiempos á que me refiero, las fotografías!.....

Poco á poco, sin embargo, se fué dignificando la profesión, A los hombres bien educados que la practicaban sin más mira que la comercial, sustituyeron otros nuevos con mayores alicios artísticos y que sumaron, á los conocimientos técnicos la noble pretensión de embellecer los resultados matemáticos de

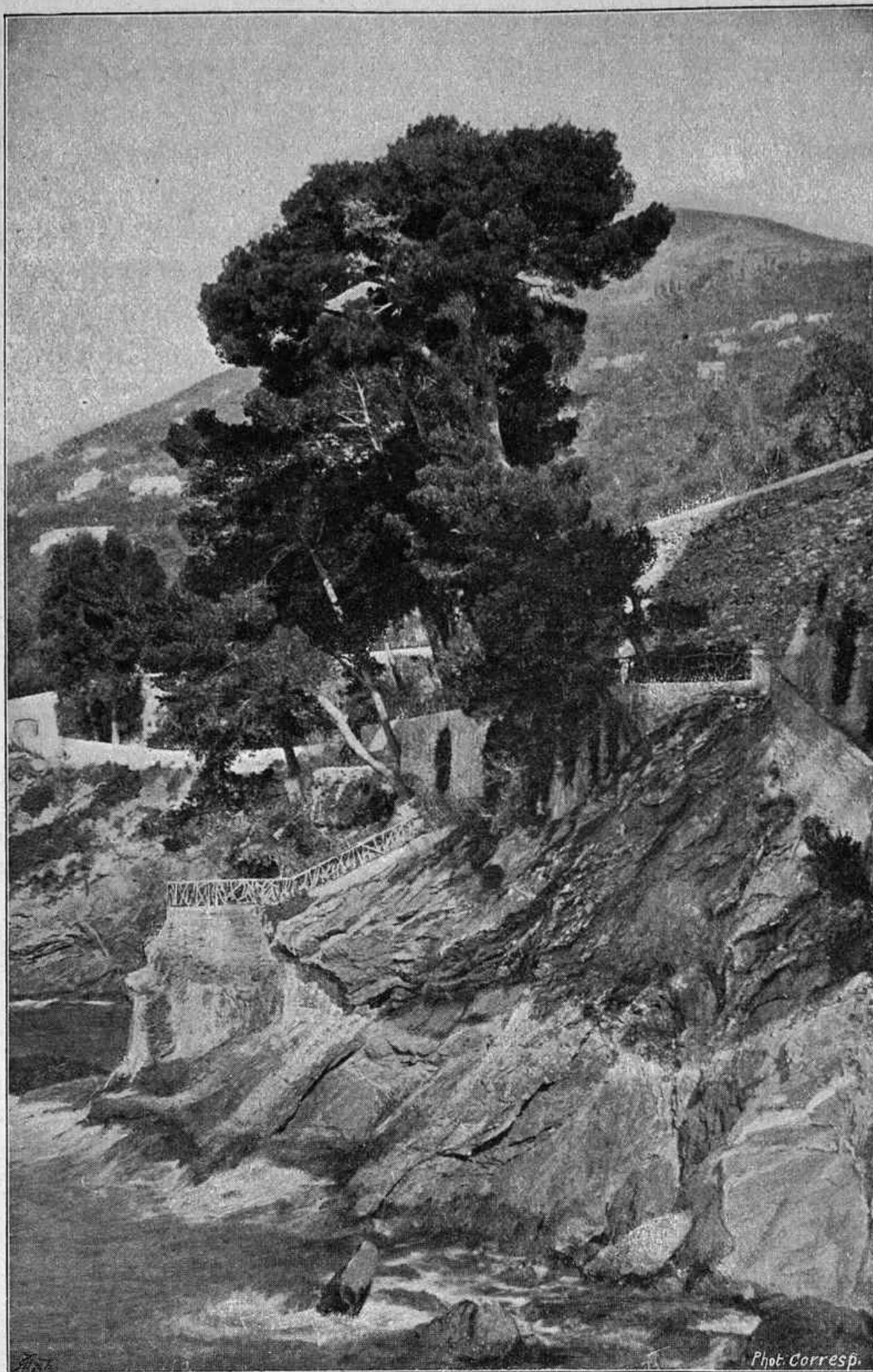
la cámara y de los clichés. Ya no se perseguía únicamente que el sujeto estuviera en absoluto inmóvil y que, por consecuencia, fuera su imagen una filigrana de precisión y de detalle. Insensiblemente vino á enaltecer la fotografía el atractivo de la composición. No se hacían ya cabezas solamente, sino figuras enteras en actitud de hacer algo, y aparecieron los primeros fondos, los primeros cortinajes y los veladores clásicos, con los no menos arcaicos sillones, jarrones y libros. El fotógrafo atendía tanto como á la diafanidad transparente del cliché, á la distribución de las líneas, al conjunto de los retratos. Y fueron mejorándose las expresiones de las caras, á lo cual contribuyó sobremanera el incesante acortamiento en las exposiciones, que bajaron desde los cinco minutos del primer daguerrotipo, y del minuto corto ó largo de los tiempos del colodión, á unos cuantos, muy pocos, segundos.

Ya entonces acudieron al estadio de la profesión personas que habiendo estudiado la fotografía, se percataban del partido que de sus aplicaciones al retrato podían obtenerse. Y nacía la vocación para un trabajo que tenía tanto de industria artística como de arte industrial, y un ejercicio que requería, cierta cultura.

El ejemplo dado por los más prominentes entre los elegidos, despertaba nobles emulaciones entre los observadores de los progresos de la fotografía.

Y llegó, por fin, la hora en que, así como algunos nacen para músicos, hubo quien nació para fotógrafo. Podríamos citar ejemplos convenientes, pero por lo numerosos los omitimos deseosos de no alargar mucho esta *Crónica*.

Faltaba, sin embargo, el impulso soberano y definitivo que hiciese de la fotografía un arte para el cultivo del cual no bastara con el estudio de libros y de fórmulas, ni la observación de las obras de los más adelantados. Y ese impulso vino á darle, mal que pese á los fotógrafos clásicos, y por tanto rancios, la mezcolanza que sucesivos y maravillosos perfeccionamientos estableció entre fotógrafos profesionales y fotógrafos aficionados. Al organismo empobrecido y caduco de los del oficio, á secas se unió para vigorizarle la fuerza joven y robusta de los que practicaban la fotografía solamente por pura distrac-



Cliché obtenido con un objetivo anastigmático de la Casa **SUTER**
de Bâle.

ción, es decir, de los que eran fotógrafos de vocación, porque se puede ser profesional sin vocación (aún hay muchos que tienen galerías como pudieran tener despacho de comestibles ó carbonerías) pero, no sin vocación para la fotografía, aficionado.

Por regla general, los que procedentes del campo de la afición, vinieron á engrosar las filas de los profesionales eran hombres con mayor instrucción general y aun particular de la fotografía misma, dado que sus estudios no habían sido impuestos por la necesidad, la conveniencia ó las circunstancias, sino por actos espontáneos de su voluntad libérrima. Habían estudiado la fotografía por su gusto y no por seguir la carrera de sus padres ó continuar un negocio poco ó mucho floreciente, y llevaban, además, la ventaja de una cultura general más vasta que, aplíquese á lo que se quiera, siempre produce buenos resultados y se manifiesta en todo género de actividades.

Y aun entre estos mismos se marcó pronto una diferencia considerable viéndose sobresalir en el cultivo de un arte que cada día tiende más á ser más bello, á los que dentro del cuadro de sus conocimientos habían dedicado mayores desvelos al estudio de las bellas artes y estaban familiarizados con las obras maestras de la pintura (si ya no es que como acontece con algunos, la practicaron con lucimiento previamente), y eran inteligentes en estatuaria, conocedores de las leyes del dibujo y de la composición, y amantes en general de todo género de manifestaciones plásticas.

Y así estamos en el momento en que escribimos. El fotógrafo moderno (entendiendo por fotógrafo, no al que se limita á hacer fotografías, pues esos son legión y no se cuentan sino el que se tiene por tal ó aspira á ser tal porque produce obras bellas) ha de tener vocación para serlo, so pena de no pasar jamás de apreciable medianía.

Esa vocación se manifiesta de mil modos y maneras, unas veces temprano y otras tarde, y ha llegado á ser base racional indispensable, para merecer el nombre elevado (no genérico) de fotógrafo á la moderna.

El señalar algunos casos, nos obligaría á la mención de

nombres propios que deseamos excusar por razones que no se ocultarán al que esto lea.

LA DEL AFICIONADO

La vocación en el aficionado es mucho más determinada y esencial que en los profesionales. Aquí sí que es menester tener vocación para hacer algo. Nada ni nadie obliga á que un determinado individuo practique la fotografía. Los que por afición, pues, se dedican á fotógrafos (descontando el pequeño número de los que se meten en tales honduras por *pose*, por vicio ó por afán de enredar con chirimbolos que suelen ser bonitos) demuestran, con sólo el intento, que sienten alguna vocación.

El afán de imitación, no obstante, produce gran número de aficionados. De cada diez personas que ven fotografías obtenidas por amigos, una, por lo menos, siente al punto deseo irresistible de querer hacer lo mismo. Y de ahí el sinnúmero de gentes que consumen la infinita variedad de máquinas que constantemente arroja la industria al mercado.

Ahora bien: ¿pueden considerarse dignos del buen nombre de aficionados todos los que por pura distracción tienen camarita y hacen fotografías? En esto, como en todo, ni están todos los que son, ni son todos los que están.

Debe considerarse como aficionado de pura raza, á aquel que sin presión de nadie, por espontáneo impulso de su albedrío, y aun por emular las glorias de algún camarada, estudia la fotografía, adquiere cámara y accesorios y trabaja con insaciable sed de perfeccionamientos, no estando nunca satisfecho con sus propias obras y aspirando conseguir siempre y cada día más. Y, en este terreno, y bajo este concepto, tenemos nosotros, no ya como aficionados de vocación, sino hasta como mártires á los que en los tiempos heroicos de la fotografía sudaban tinta como dicen que la sudan los negros, para obtener una mediana negativa. Porque hoy es muy fácil ser aficionado. Se han simplificado los procedimientos, la mecánica y la óptica han realizado prodigios produciendo aparatos casi automáticos, y se puede ser fotógrafo hasta sin mancharse los dedos. Pero nosotros hemos conocido todavía aficionados

de los que estudiaban las manipulaciones fotográficas como abstrusos problemas de alquimia que han sido mucho tiempo y trabajaban con ardor y paciencia de que hoy no hay ni idea siendo merecedores de admiración y de encomio. ¡Aquello era ser aficionado! Dicen todavía algunos de los sobrevivientes del colodión, y..... tienen razón que les sobra.

Hoy, lo repetimos, aficionado lo puede ser cualquiera. La vocación se manifiesta casi siempre por la idea capital de lo que cada quisque quiere conseguir con la fotografía. Hay quien la toma como motivo honesto de entretenimiento, y son los más y los más inofensivos y simpáticos. Hay quien se dedica á ella porque, amante del paisaje ó de los monumentos arquitectónicos y siendo viajero incansable quiere conservar el recuerdo gráfico de sus excursiones. Hay quien no aspira más que á retratar constantemente á su familia. Hay quienes toman lo de enfocar y componer á manera de aperitivo para despertar ó mantener insomnes aficiones que la edad ó los excesos hacen de consumación difícil y prostituyen el gelatino-bromuro de plata con todo género de porquerías. Hay quien, amante de la belleza, sintiéndola profundamente, y con ansias de copiarla, incapaz de dibujar ó de pintar, apela á la fotografía para la consecución de cuadros y figuras, que, si supiera, pintaría; y en esta división, ó género especial están los más y los mejores entre los aficionados. Hay, por último, además de infinidad de variantes y matices de afición, quienes sintiéndose émulos de Velázquez y del Greco, echan mano de ciertos procedimientos especiales que hay en la fotografía para dárselas de genios no entendidos, seres privilegiados, iluminados por lo sobrenatural y raza aparte entre los fotógrafos; tan aparte, que reniegan de los fundamentos, inexcusablemente mecánicos y matemáticos de la fotografía.

Cada una de estas tendencias se acusa en los que las eligen de mil formas y maneras. Tiempo hubo (cuando los malhechores no habían descubierto todavía lo que se puede robar con la gasolina y los neumáticos de un automóvil) en que el ser *amateur* (hasta el nombre era simpático y atrayente) estaba muy de *moda*. *Se estilaba* el llevar una máquina colgando ó en la mano, como se estilan ahora otras fruslerías que imponen

los sastres ó los camiseros. Y gentes que ni amaban la fotografía, ni sabían siquiera de lo que se trataba, iban hasta á misa con el pecho cruzado de la bandolera de su instantánea. Hoy, en cambio, son pocos los que tienen el cívico valor de salir por la calle con su cámara, y hasta es condición recomendable de éstas el que ocupe poco, pueda guardarse en en bolsillo y *no se vea*.

El mayor número lo hemos dicho también (aparte de los niños que juegan á la fotografía) lo forman los aficionados sencillos y de buena fe, y á ellos principalmente están dedicadas estas líneas. Porque como diversión culta, artística, curiosa, útil, barata, y honrada, nada se ha inventado que iguale á la fotografía, y hacen bien los que la eligen para su pasatiempo y en aquellos momentos en que se ven amenazados por la hidra venenosa de la ociosidad. No necesitamos esforzarnos para la demostración de estas afirmaciones y tenemos la seguridad de que la mayoría de los que nos leen opinan como nosotros..

Claro está que cuando no se persigue otro objeto que pasar el rato ó entretenerse con recuerdos de familia ó de viaje, no hace falta ninguna la vocación. En cambio es indispensable para ser un aficionado de los que por sus obras consiguen el nombre de maestros.

El que esto escribe, recuerda las expediciones fotográficas que se organizaban cuando la afición madrileña estaba en su apogeo y reinaba un compañerismo encantador entre los fotógrafos deportivos. Bastaba fijarse en la manera de trabajar que tenía cada uno de los expedicionarios para advertir si era un buen ó mal aficionado, si asistía á la excursión por trabajar, por satisfacer un anhelo ó una necesidad psíquica, por amor á la fotografía, ó si iba simplemente por entretener el día ó pasar el rato; en una palabra: si tenía vocación ó no. Aquellos á quienes Dios llamaba por el camino de la fotografía, se distinguían por el interés con que buscaban los asuntos, por la manera de elegirlos, cortarlos y enfocarlos; practicaban su trabajo con la misma devoción que un místico pondría en sus ejercicios religiosos; se les veía pensar, discurrir y poner en tortura el entendimiento; no tenían miedo á las inclemencias del cielo

y lo mismo aguantaban el rigor del sol que las molestias de la lluvia; aun á riesgo de ser tenidos por rídículos. Iban cargados con mucha impedimenta, el trípode al hombro y sustentando cámaras, á veces, de más de 18×24 ; estudiaban los motivos, calculaban las exposiciones, hacían observaciones y tomaban notas; se olvidaban de la hora del almuerzo, y más que de los platos que les servían, estaban pendientes de si en tal ó tal cliché se habían quedado largos ó cortos de exposición; cubiertos de sudor en verano y helados en invierno; volvían á sus casas y apenas si cenaban, para revelar pronto y salir de dudas descubriendo lo que habían hecho; los buenos clichés les enloquecían, y los fracasos les llenaban de tristeza; algunos soñaban, mientras dormían, en las pruebas que darían los negativos en cuanto se sacasen; se identificaban, pues, con su afición y vivían para ella. Los que así se producían tenían vocación. En cambio iban otros, generalmente con máquinas pequeñas, casi siempre sin trípode, y siempre ligeras y de manejo fácil; tiraban á diestro y siniestro como el que echa dinero á la ruleta y, á veces con tal descuido, que si su máquina tenía doce placas, ellos seguían disparando la trece y las catorce, porque, en resumidas cuentas les tenía sin cuidado lo que resultase; apuntaban á cualquier cosa, bromeaban sin cesar y en cuanto sonaba la palabra almuerzo, dejaban sus cámaras en un rincón y se dedicaban á picotear las aceitunas; concluída la excursión, dejaban pasar sin revelar lo hecho varios días, y en ocasiones delegaban la faena en los aprendices de los comercios de artículos fotográficos, divirtiéndose lo grande con encontrarse imágenes sobrepuestas, clichés carbonizados, placas en blanco y otras sorpresas por el estilo. Estos no hay que decirlo, carecían de vocación.

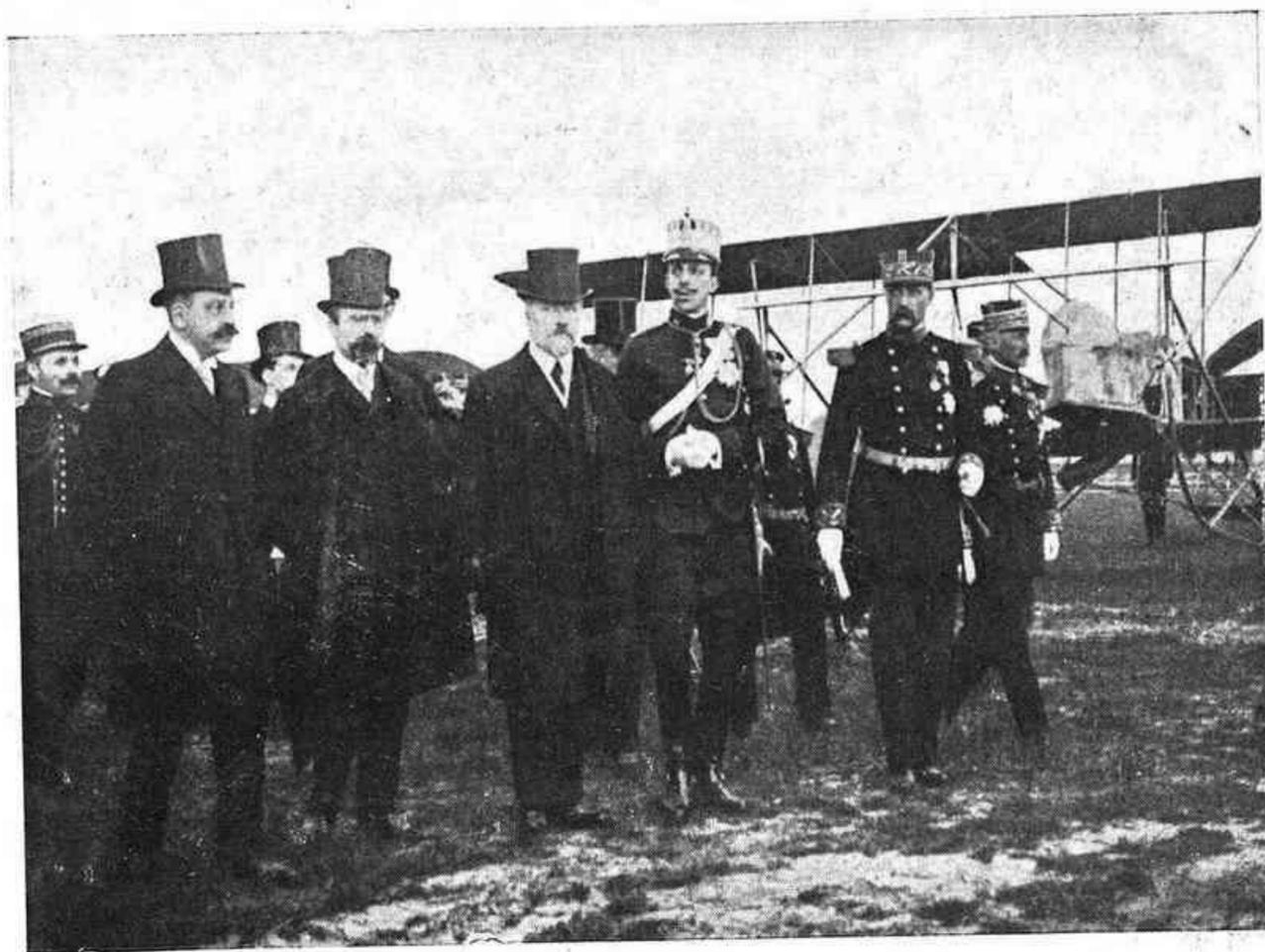
Otra circunstancia que acredita la vocación es la constancia. Todos conocen aficionados que lo fueron un año ó pocos meses. Los que tienen vocación de buenos aficionados á la fotografía, perseveran en el trabajo y no les arredran ni los fracasos ni les entibian los triunfos que consiguen durante años y años.

Es el caso de los que tocan el piano. Muchos empiezan á estudiarlo; son pocos los que lo tocan toda la vida.

Y es la vocación tan importante, en fotografía como en todo, que no será jamás ni regular fotógrafo, aquel que no la tenga bien arraigada.

Para ser aficionado de verdad, además de la vocación, se necesita de mucha abnegación, de entusiasmo, de estudio, de cultura, de buen gusto, y, por último (lamentable es decirlo) de dinero.

A. C.



S. M. DON ALFONSO XIII EN EL AERÓDROMO DE BUC

(Mayo 1913).—(*Cliché Verascope Richard*).



El Arte en la Fotografía.

DESDE que los fotógrafos, mejor dicho, desde que los aficionados á la fotografía caímos en la cuenta de que las que hacíamos podían resultar más bellas y más interesantes, teniendo presente, al hacerlas, las reglas porque se gobierna la Composición en la Pintura, dió la fotografía un salto gigantesco, elevándose, desde la ruín categoría de arte puramente gráfica, á la altura de manipulación eminentemente artística en que hoy se encuentra.

A las antiguas, vulgares é inocentísimas reproducciones del natural sorprendido al acaso, sustituyeron, entonces, reproducciones del mismo natural en las que se advertía un empeño anterior y superior al de la fidelidad estricta y escrupulosa de la copia que, después de todo, la fotografía trae por sí sola consigo; el propósito, en fin, de que lo fotografiado fuese, además de verdadero, bello.

Tanto ó más que de las perfecciones de orden técnico ó mecánico, nos fuimos los aficionados preocupando de que nuestras fotografías contuviesen interés plástico, que estuviesen bien elegidas, pensadas y recortadas, que poseyeran *línea*, es decir, composición, armonía y argumento.

Y unos poco á poco, y otros muy deprisa fueron haciendo fotografías cuyo encanto principal no era el detalle á la limpieza con que estaban conseguidas, sino su aspecto artístico,

su apariencia poco fotográfica y su sabor más ó menos pictórico, pero siempre estético.

Iniciada la tendencia, que para muchos fué revelación, no se hicieron esperar los resultados, llegando á obtenerse fotografías de belleza extraordinaria, algunas veces de tanta que, reflejaban la apariencia de dibujos ó grabados, desvaneciendo la noción de que fuesen obra matemática de la luz, y de las sales de plata, de medios mecánicos, y no manuales, en una palabra.

Y así nació, no digamos dónde ni de quién, la moderna fotografía artística que hoy prepondera y sobrepuja á todas las demás aplicaciones fotográficas.

Juntamente con los nuevos ideales en la elección de los asuntos, la manera de sorprenderlos mejor y el modo de interpretarlos con mayor carácter, el estudio y predominio de las luces, el problema de los términos, la reducción racional del foco, las líneas dominantes y cuanto, en suma, precisa tener en cuenta para que las fotografías no equivalgan á vulgaridades, sobrevinieron novísimos procedimientos de tirada, volviendo á disfrutar de áuge algunos desechados en los primeros tiempos de la fotografía como deficientes por su débil rendimiento de detalles, y surgiendo otros no conocidos hasta tiempos más modernos, en que los efectos positivos eran muy análogos y se prestaban admirablemente al nuevo género de fotografía que los fotógrafos artistas habían descubierto.

Y se emplearon para la estampación de los clichés con aspiraciones artísticas los papeles llamados pigmentarios, el papel rugoso y apergaminado al gelatino-bromuro, la famosa y discutida goma bicromatada y los aceites ó tintas grasas.

Envalentonados, por no decir que desvanecidos los practicantes de estos sistemas de positivar, con la *ilusión* que sus más mediocres fotografías producían, perdieron la cabeza, se hincharon de orgullo y con soberbia injustificada se alzaron con el pendón de la genialidad fotográfica, y se bautizaron á sí mismos con el adjetivo de artistas, del que lógicamente se desprende que las fotografías hechas por ellos son obras de Arte.

Y no contentos con creerse ellos todas estas cosas, intentaron hacérselas creer á los demás y escribieron, desatentados,

sendos artículos de alta crítica en los que barajaban sus nombres con los de Velázquez, Rembrandt y Miguel Angel, acabando con reclamar puesto de honor en las Exposiciones de Bellas Artes junto á los cuadros y las esculturas, para sus engendros más descabellados porque, decían, *la fotografía es un Arte más* como la Pintura, el grabado y no sabemos si el Baile, y siendo ella *un Arte* y nosotros sus artistas, nada más justo que alternar con dibujantes y grabadores.....

Y así estamos al escribirse estas líneas en desagravio de la razón y del sentido común. Unos, creyendo de buena fe que con sus máquinas, sus placas y sus papeles hacen *cosas* por el estilo de las que hacía Tiziano; y otros.....riéndonos misericordiosamente de aberraciones semejantes.

No, y jamás no, señores míos. La Fotografía, arte fundamental, principal y esencialmente mecánica, capaz de producir obras muy bellas y curiosas, como los telares pueden producir lindas blondas, arte que consigue efectos semejantes á los de la pintura no será nunca un arte mayor de la excel-situd y majestad que el de la Pintura. ¡Pues no faltaba más!....

Así juran y perjuran lo contrario todos los aficionados y profesionales, gomistas ó no; la Fotografía no será por los siglos de los siglos más que un arte mecánica, un arte industrial, un arte secundario, interesante, meritorio, valioso y curiosísimo, pero.....¡nada más! ¿Que puede producir belleza?..... ¡Qué duda cabe! Pero..... no puede impresionar, conmover, sin hacer sentir..... como aquellas otras obras, hijas de la imaginación, que se expresan por medio del dibujo, y que, antes de traducirse en líneas con las *manos*, sintió el corazón de un artista.....

Me atrevo á decir que en las fotografías que ilustran ciertas Revistas extranjeras figuran algunas que son materialmente obras de arte.

Y sin embargo (hablemos con franqueza): ¿se puede comparar ninguna con las obras extraordinarias del gran Arte? ¿Dónde están el temperamento, el carácter, la impresión, el nervio ni el genio que vibran en las pinturas de mérito? ¿No es verdad que, después de vistas todas, se siente el frío de no haber sentido nada?.....

Abordo el problema, poniéndome de ejemplo, para no ofender ni disgustar á nadie, en primer lugar, y en segundo para que nadie crea que yo pertenezco al montón de los ilusos que se creen Dureros y Goyas porque hacen unas cuantas fotografías acertadas, inspiradas y más ó menos bonitas.

Hay que repetirlo mucho para que el mundo no se burle, en general, de los fotógrafos: *la fotografía no es arte, ni lo será jamás*, lo cual no empece para que puedan hacerse fotografías muy artísticas, y de altísimo, de considerable interés.

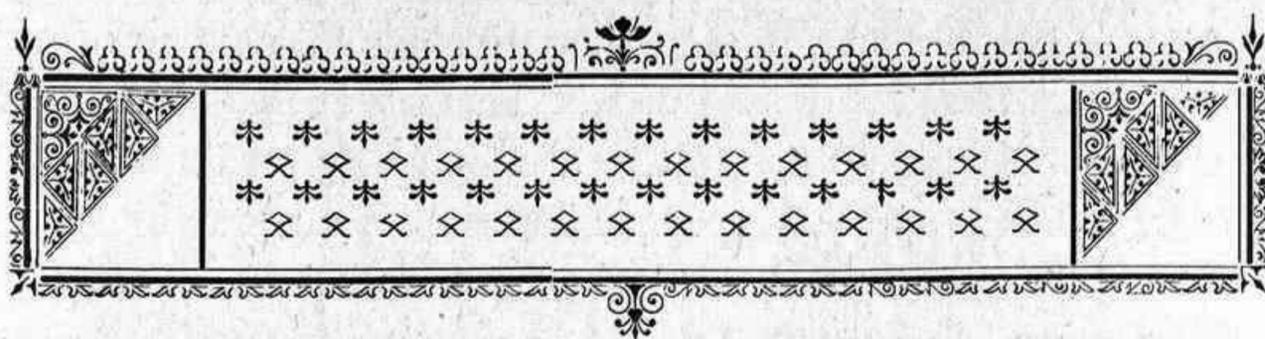
Conste, pues, que yo no me tengo por artista (en el sentido elevado y augusto de la palabra) porque, con ayuda de una máquina é inspirándome en el gusto que Dios me dió y que yo perfeccioné con mis aficiones y el estudio, hice los cuadros, las composiciones, las notas de que soy autor.

Y que, fotógrafo entusiasta, encanecido en la práctica de la fotografía, declaro que no me creo autor de obras de arte por la sencilla razón de que no basta para hacerlas ser fotógrafo. Y no es, tampoco, que yo sea fotógrafo torpe ni poco inspirado. Me tengo por uno de los menos malos. Lo que hay es que *me conozco*, y conozco la fotografía y de lo que la fotografía es susceptible y capaz.

En resumen: que la fotografía no es un arte de la jerarquía que pretenden que lo sea los Albertos Dureros y los Grecos de la goma, sino un arte precioso, estimable y utilísimo, en todo caso por el estilo del de la forja, de la cerámica, de la decoración..... y que los fotógrafos que mejor trabajan y tengan más inspiración y más talento deben callarse, y no echárselas de *artistas* en el amplio y elevado sentido de ese concepto.

D. P.





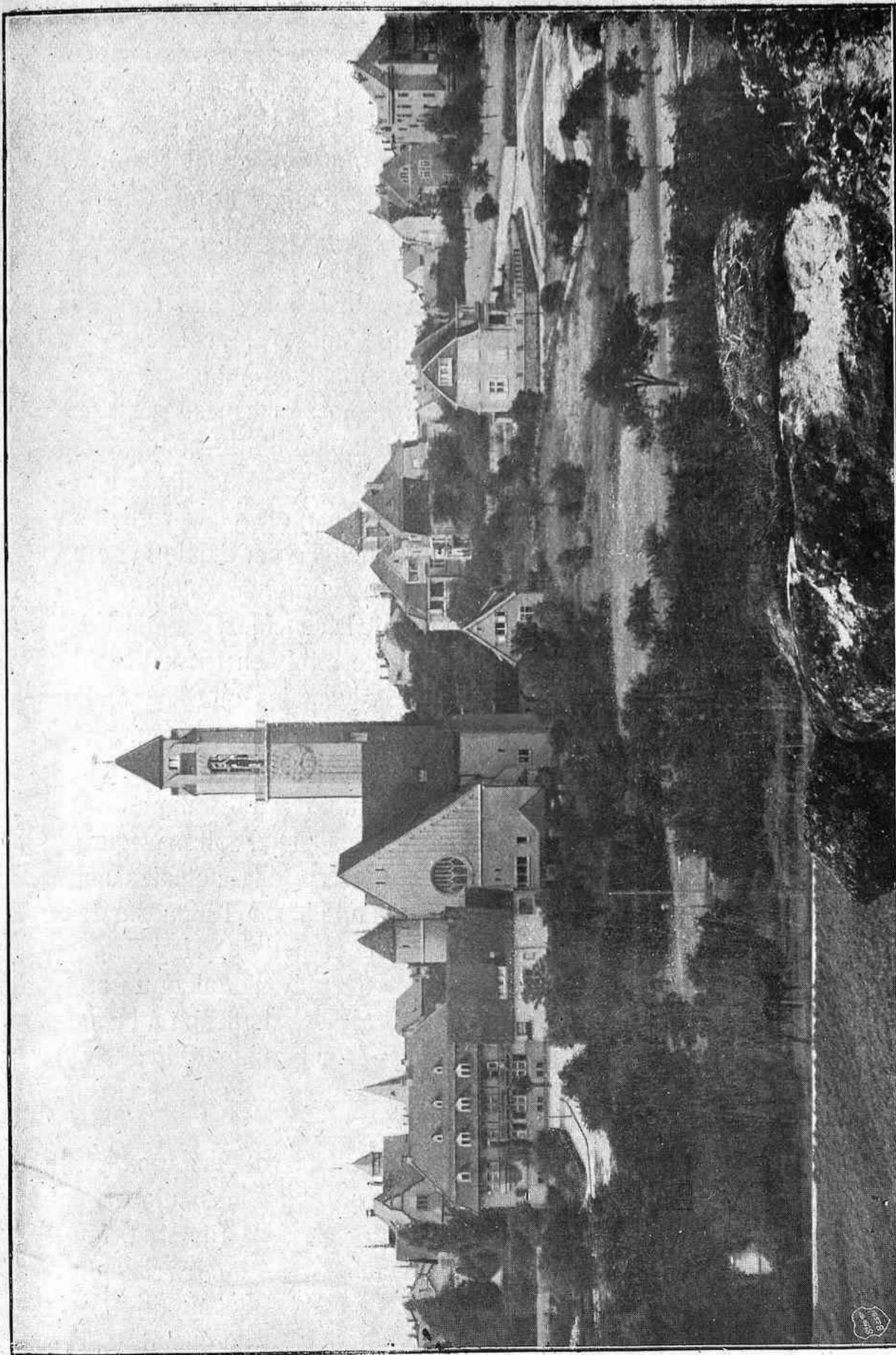
CARTA DE DESPEDIDA ⁽¹⁾

Sí, querido Cánovas; me retiro de un modo definitivo de la afición y voy á explicarles á usted y á los lectores de su Revista las causas de esta irrevocable resolución mía, que en nada se debe ciertamente á los aficionados, mis compañeros hasta hoy, en los que, salvo contadísimos casos, siempre encontré franca y leal ayuda para cuanto me resultó dificultad, un buen consejo cuando lo necesité y frases de aliento cuando el fracaso me vencía.

Lo que me obliga á dejaros á todos con la pena de quien convivió en tan grata comunidad y se vé forzado á abandonar arte tan simpático y tan buenos amigos, es, lo diré pronto y sin rodeos, la intolerable é incalificable informalidad de los fabricantes de aparatos y accesorios y el desparpajo y desahogo de los productores de artículos fotográficos que ofrecen lo que raramente dan y nos hacen víctimas de su desidia cuando no de su codicia.

Yo llegué, poco más ó menos, como todos, á ser aficionado. Un amigo querido, ligado por estrechos vínculos de parentesco con el Director de esta Revista, en la que bondadosamente me han dejado colaborar con alguna frecuencia mientras me duró la fe que ya he perdido, me enseñó un día algunos de sus trabajos. Terminada mi carrera y normalizada mi

(1) Publicamos esta carta con todo género de reservas, creyendo que..... ¡siempre se exagera!.....



Prueba obtenida con *tele-objetivo SUTER* á la distancia de 800 metros.

vida con una ocupación en la que había de aplicar los escasos frutos que obtuve en los misérrimos campos de la enseñanza oficial, donde cada día se gasta más en abono..... de sueldos y se trabaja menos, no desdeñé la idea de dedicar mis ratos de ocio á tan sugestivo arte como el de la Fotografía, y guiado por aquel excelente práctico, cuya desmedida y nunca acabada afición corre parejas con sus entusiasmos, que conserva como cuando empezó hace veinte años, dió comienzo mi aprendizaje y, como veréis, comenzó también mi calvario.

Consultamos catálogos, recorrimos almacenes, gastamos sendas horas de coche en visitar á un sin fin de compañeros para que nos enseñaran sus aparatos, y luego de fijada y definida mi tendencia por la fotografía plana, elegí una verdadera divinidad de máquina que ví reproducida en el Catálogo de un fabricante de cuyo nombre no quiero acordarme (aunque esto no lo conseguiré nunca) encantado de la sencillez, comodidad y seguridad de su manejo, según se describía en la explicación correspondiente y convencido de las ventajas que se ofrecían con el novísimo modelo al que deseaba un aparato serio.

El precio no hace al caso: una barbaridad de pesetas entre el valor catalogado, con más el cambio (ya estaba nuestra moneda enferma de cuidado) portes, embalaje, correo, seguros, etc., etc., y algo encima, porque entonces, sin las actuales competencias comerciales, le cobraban á uno hasta el supuesto desgaste de la pluma con que se hacía el pedido, Hoy, por la cantidad que gasté yo entonces, le traen á cualquiera un aparato análogo, le mandan hacer un traje de americana á la medida y le pagan un trimestre de casa (con inquilinato inclusive) todo ello acompañado de la más seductora de las sonrisas. ¡Lo que vá de ayer á hoy!....

Llegó por fin, y tras larga espera, la ansiada máquina, y su aspecto emocionó á todos: tal era lo acabado de su ejecución. Hecha la provisión de los accesorios precisos (linterna, frascos, cubetas, pinzas, prensas, planchas de ebonita, lavador, secador etc., etc.) y con dos cajas de placas que adquirí, fuíme gozosísimo á mi casa, encantado con la idea de que al día siguiente podría ser autor de la reproducción de algunas perspectivas de calles, grupos callejeros y fuentes públicas y que

aún me quedarían placas para retratar á mi patrona con la aspiración de que me mejorara el principio.

La noche anterior á mi himeneo con la fotografía no se me olvidará nunca. Fué una pesadilla continuada en la que se me aparecían lindísimos paisajes, seductoras mujeres, cuadros de composición imponderables y todo ello iba quedando reproducido por mí con tal acierto y perfección, que daba saltos en la cama ante el éxito de mis obras y me sentía envanecido por los elogios que á todos inspiraban.

Desperté, y apenas vestido, ví llegar al amigo y consejero que venía á dirigirme en mis primeros pasos.

Después de una somera explicación previa del manejo de la máquina, encendimos la linterna, cerramos el balcón y procedimos á cargar hasta 12 placas en los seis chásis dobles que acompañaban al aparato, teniendo que abrir para ello las dos cajas porque dos ó tres cristales de la primera no entraban ni á tiros por estar mal cortados.

Listos ya y hecho el recuento de los accesorios necesarios para la prueba, salimos á la calle y tomamos un coche, dando la dirección del Retiro, amparo de los aficionados para sus ensayos.

Una vez allí descendimos del carruaje junto al estanque de los patos, y armado el trípode (que hubo que sujetar con una cuerda porque uno de los tubos se salió ¡al estrenarlo!) empezamos la operación del enfocado para encuadrar el asunto y apreciar la finura del objetivo.

Y llegó el momento álgido, sublime, de someter la primera placa á la acción de la luz, Retiramos el cristal esmerilado y cuando pretendimos poner el primer chásis, observamos que no podía entrar en el sitio que le estaba asignado en la máquina.

—¿Qué es esto?—Pregunté;—contestándome mi amigo:

—Esto es sencillamente, que este chásis no lo han probado en fábrica y habrá que rebajarlo algo, pero usaremos los otros.

Así pretendimos hacerlo, pero ni el segundo ni el tercero entraban tampoco, y ensayados los seis, sólo dos llegaban á correr lo suficiente, aunque había que hacerlos entrar á viva fuerza. Resignados á no emplear más que cuatro placas y preparar ya una, antes de descorrer la cortinilla, quisimos probar

el obturador en 1/40 de segundo, velocidad que consideramos suficiente dada la iluminación del paisaje y el diafragma puesto, pero con gran sorpresa nuestra, resultó que no regía el mecanismo de la instantánea. Esto me contrarió grandemente, consolándome mi amigo con que eso era frecuente aunque facilísimo de arreglar como podría ver pronto.

Forzados, pues, á hacer las cuatro placas que podíamos aprovechar, diafragmando mucho para impresionarlas en exposición, aunque corta, salvo una de ellas en que pretendimos que entrara en el cuadro un pato que, al parecer, no se movía, terminamos muy luego nuestra tarea, y cariacontecido yo y sonriente mi acompañante, que sostenía que lo ocurrido no tenía nada de particular, volvimos á mi casa donde bien que mal revelamos las placas; más mal que bien porque el tubito de Amidol que empleamos para ello debía estar en Madrid desde el día de la Primera Comuni3n de Isabel II, y ya viejo y oxidado nos ofreció unas imágenes completamente grises, pareciendo inútil añadir que en la fotografía animada que pretendimos obtener, sacamos, en vez de pato, una especie de góndola veneciana irregular y *flou*, porque el animalito tuvo la bondad de echarse á nadar en el tiempo de la exposici3n.

Fuí acto seguido al comercio en que me vendieron la máquina, y expuestos los arreglos que había que hacer en ella, me prometieron enviársela inmediatamente á un mecánico, si bien no me respondían de lo que podía tardar porque tenía mucho trabajo.

Esperé pacientemente tres días y enterado de que aún no la habían devuelto, volví de nuevo á los seis hallando idéntica respuesta. Mientras tanto estuve probando papeles de todas clases con los cuatro negativos obtenidos é inútil me parece decir que todos me salían mal porque con clichés definitivamente grises como los míos, sólo hay un procedimiento para tirarlos bien, que es el de echarlos á un cesto y no volverse á acordar del tiempo y el dinero empleados en ellos.

Extrañado de la tardanza excesiva en que me hicieran los arreglos, quise informarme de si no habría otro mecánico capaz de ejecutarlos más pronto, y un dependiente compasivo me dijo: Mire usted, señor, tiene usted que armarse de pacien-

cia. No hay otro más que ese y como sólo dedica á cosas de fotografía un par de horas cada semana y eso si no le coge de ejercicios *espirituales*, como en él es frecuente, á veces no nos devuelve las composturas hasta pasado un mes ó más.»

Decidido á resignarme, dejé el encargo de que me llevaran el aparato á casa cuando lo devolviera y debo declarar que á los diez días lo recibí todo ello perfectamente arreglado.

No he de seguir paso á paso los primeros que dí en la fotografía, y si he detallado los incidentes á que dió lugar la máquina con que comencé mi vida de aficionado, es para deciros que desde entoces me han pasado cosas análogas con cuantas recibí en lo sucesivo, sin que ni una sola vez haya podido librarme de que tuviera que repararlas el mecánico.

Pero no es esto sólo: los obturadores que no andan bien y no dan las velocidades que os ofrecen; los trípodes que se rompen á los dos días de adquiridos, cuando no al primero; los visores que no encuadran con el cristal esmerilado; los chásis que reciben luz por sus ranuras; los objetivos que no cubren la placa á pesar de las afirmaciones rotundas de los fabricantes, y otro sin fin de zarandajas que suelen traer la máquina y sus accesorios, son tantos y tales, que es maravilloso cómo resisten algunos, años y años resignándose con la tomadura de pelo de que son víctimas.

Y no hay que olvidar que á todos esos accidentes que podríamos llamar *primarios*, se añaden luego los mil y un sofocos que pasa uno en la práctica de la afición por culpa del ambiente de informalidad que reina en las industrias fotográficas.

¿No recordáis haber sido invitados alguna vez á comer un día en el campo y deseosos de quedar bien con los anfitriones haber llevado vuestras máquinas para hacer grupos que luego sirvieran de recuerdo, para que después haya resultado que las placas estaban veladas y vuestros nobles propósitos quedarán reducidos á una soberana plancha?

¿No habéis usado polvos de magnesio que no ardían, teniendo que sufrir las protestas de los que se cansaban de adoptar actitudes en tanto corría la llama por el algodón pólvora, surgiendo el fogonazo precisamente cuando todos estaban ya

descompuestos y vuestros dedos habían de chamuscarse con la deflagración?

¿No os ha ocurrido tener veinte segundos quieto á algún paciente para hacerle un retrato de luces y con relieve, y no habiendo abierto el obturador al golpe del disparador, veros forzados á molestarle de nuevo con otra *pose* igual cuando de la anterior salió con lágrimas en los ojos á consecuencia de la quietud á que le obligásteis?

¿No habéis obtenido retratos en placas en que faltaban trozos de emulsión, y en las que un retocador ha tenido que reponer en la imagen el ojo ó el pedazo de nariz que faltaban por aquella causa?

¿No habéis usado placas anti-halo garantizadas como tales, viendo luego que la luz que pasaba por el ojo de una cerradura frontera á la máquina, os ha ocultado la puerta por entero?

¿No habéis hecho grupos en que la mayor parte ó todas las figuras hayan resultado sin cabeza por no coincidir el visor con la proyección de la imagen en el esmerilado?

Pues añadid á todo esto lo antes dicho y agregad las luchas del laboratorio, para el que os venden productos solubles..... que no se disuelven nunca y comprimidos que al irlos á usar los encontráis hechos pedruscos; cristales encarnados que velan cuanto se les pone por delante; secadores que, al cogerlos cargados de placas, se les saltan los tornillos dando en el suelo con toda vuestra labor en una excursion que hicisteis exclusivamente por interés fotográfico. Y si entramos en la cuestion de fórmulas, os volvéis locos viendo que las proporciones de los elementos que las integran se duplican y triplican por algunos autores sin que racionalmente podáis explicaros esas diferencias.

Mas todo esto no es nada comparado con la emocion de ver que al cabo del tiempo, de las positivas que pusisteis en un álbum, van desapareciendo las imágenes por la mala calidad del papel en que las hicisteis cuando lo pagásteis como bueno y lo mismo os ocurre con las diapositivas que tirásteis llenos de ilusión.

Y ahora, decidme: ¿es que quien ha pasado por todo eso y mucho más que sería prolijo referir, no tiene derecho á retirarse

de una afición en que ha sumado más disgustos que satisfacciones y en la que ha gastado bastante más que lo que le hubiera costado dar siete veces la vuelta al mundo comprando á puñados lindísimas postales de los lugares visitados?

¿Se concibe un aficionado al *sport* hípico que aguantara la cojera forzosa ó las coces de todo caballo que montase? No. Pues en fotografía ocurre eso y hay quien sigue terne años y años gastando el dinero y el humor sin comprender lo que pierde con su chifladura.

Yo llevo cerca de un mes saliendo sin máquina y todo me ha sonreído..... Monumentos, mujeres, paisajes, todo ello visto al natural y no empequeñecido por el raquíico visor de un aparato fotográfico, me han vuelto á la vida.

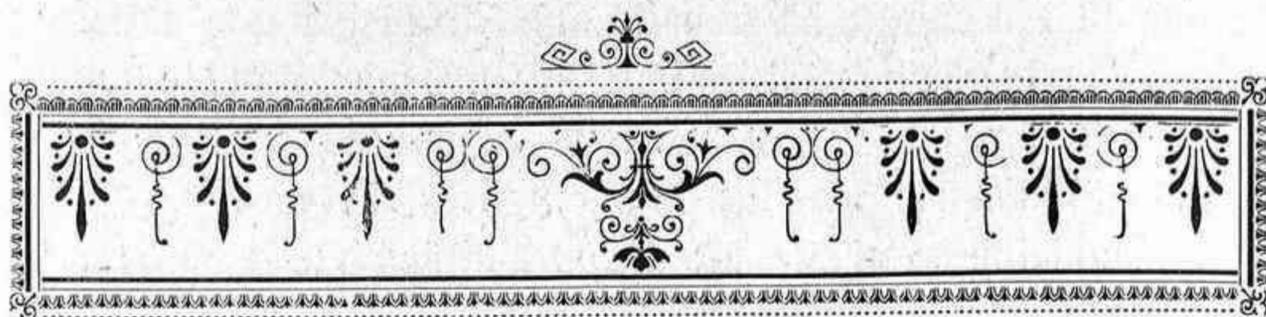
Desde ahora me dedicaré á *fijar* las imágenes en mi cerebro y seguramente durarán más en él que en los infames papeles en que tiré mis positivas.

¡Ah, querido X., denodado paladín del arte! ¿Qué daño recibiste de mí para que con tus predicaciones me hicieras entrar en la grey fotográfica? La sincera amistad que te guardo hace que te perdone de corazón por la buena fe de tus propósitos para conmigo, pero merecías la maldición gitana del cuento que te oí un día..... «Premita Dió que tengan que retratáale asté en coló con una Spido bajo una parra y lloviendo» (que es lo mismo que desear verle á uno con rigidez cadavérica).

Y..... adiós, don Antonio; perdóneme usted la lata, pero más tengo yo que perdonarle á la familia.

L. V. DEL G.





LA FOTOGRAFÍA "IDEAL" Y LA "POSIBLE"

(*Conclusión.*)

EFFECTIVAMENTE que la fotografía era, hasta hace poco, considerada como un arte no ya inferior sino despreciable; pero, mucho tiempo antes que el compadre Sciutto tuviere tan buenos pregoneros de su talento, la fotografía se ha elevado en el concepto general y hoy nadie culto ignora que, aunque no es ni podrá ser jamás un arte como, por ejemplo, el del grabado, es un arte mecánico-industrial con cuya ayuda se logran cosas de marcado sabor artístico. Acabamos de ver, y va de coincidencia, unos desnudos, originales del maestro Rabadán, que son materialmente aguas fuertes. Una preciosidad. Como que el colega italiano no tiene la exclusiva.....

Para que una fotografía resulte artística, se precisa la concurrencia de varios aciertos. Hace falta, ante todo, que el que se meta en esas honduras sea artista. Después, que el artista *piense* ó imagine un asunto ó un efecto. Luego que lo sepa traducir ó interpretar. Y por último, que dé forma á la idea lo más artísticamente posible.

El idear una magnificencia y no saber realizarla, conduce á la producción de majaderías, como hacen majaderías los que presentan bien cosas que, en el fondo, no son nada.

En la fotografía profesional, sin embargo, la tarea es más

difícil, porque se parte de una base impuesta á la fuerza: el modelo. Yo afirmo, con la autoridad que me dan *ocho* años de profesión que, hay sujetos y sujetas con los cuales es materialmente, absolutamente, rotundamente imposible conseguir nada artístico. ¡Querría yo ver al amigo Sciutto ante algunas cosas que hay que retratar *velis nolis* en las Galerías!..... No todo el mundo es *asunto*, como no todo lo que se vé en el natural sirve para hacer un cuadro, aunque otra cosa opinen los supergenios de la mamarrachería pictórica contemporánea. Un tuerto, un bizco exagerado, un deforme, un enclenque, un tullido, un idiota, serán modelos exquisitos para los pintorzuelos que hoy deshonran el arte con sus esperpentos; pero, no sirven como modelos ni para los pintores con sentido común ni para los fotógrafos. Y como todo el mundo tiene derecho á retratarse, el fotógrafo no tiene más remedio que salir como puede del caso, sin intentar siquiera eso de la fotografía artística.....

Los buenos modelos fotográficos, los que real y verdaderamente sirven para hacer con la fotografía algo de arte, escasean como todo lo bueno. Y no dice verdad quien diga que con todo el mundo puede hacerse arte. Cabe *accercarse*, cabe embellecer, rodear del mayor atractivo estético á una figura aunque no sea bella de por sí; pero, hacer arte con todo lo que entra en una Galería, eso, es imposible.

Otro de los puntos que toca el alabardero del colega italiano, merece punto y aparte.

Dice: *la señora se retrata en su salón; el hombre en su estudio.....*

Eso de poner en práctica las teorías de Taine, rodeando á las personas de su propio ambiente, del ambiente que siempre las rodea para que tengan mayor carácter y la personalidad se complete, lo intentaron mucho antes de que los fotógrafos lo intentaran los pintores y salieron con las manos en la cabeza. Para un retrato que se pinte, como si dijéramos, *á domicilio*, se pintan miles..... en el domicilio del pintor. Y si eso ocurre en la pintura, donde la cuestión *luz* es de una importancia relativa, ¿qué no ocurrirá en la fotografía, donde la *luz* es esencial y fundamental?....

Claro está que se pueden obtener (y se obtienen) retratos muy interesantes de un sabio en su laboratorio, de una dama en su tocador, y de una artista en su camerino, pero..... también se obtienen (y en mayor proporción) en las Galerías fotográficas. Y sobre todo, caballeros, no le demos vueltas. La fotografía será siempre fotografía, y antes que nada y sobre todo fotografía; y la fotografía se hace mejor allí donde todo está preparado para hacerla que donde hay que improvisarlo todo. Igual ocurre en pintura. Aunque pataleen todos los pintores de hoy (inferiorísimos á los medianos de otros tiempos) los grandes cuadros, los cuadros inmortales, se hacen *en los estudios*. Podrá una nota de color, una impresión pasajera hacerse bien en pleno natural. Pero, los cuadros *que quedan*, los que perduran, los cuadros de Museo, se pintan en los estudios, aunque sean estudios al aire libre. Y digo lo propio de la fotografía, aunque en ésta las cosas del natural sean más fáciles de obtener que en la pintura.

Pierden, pues, el tiempo los que supongan que en fotografía, sobre todo en fotografía profesional, puede hacerse siempre arte. Eso es *lo ideal*. Eso no es *lo posible*.

¿Que el fotógrafo debe hasta descrismarse por intentar, siempre que pueda, hacer de cada fotografía un cuadro?.... Desde luego. Y eso hacen los que pueden hacerlo. Precisamente la bondad de un fotógrafo se aquilata por el número de veces que consigue hacer cuadros de las vulgaridades antiplásticas del natural.

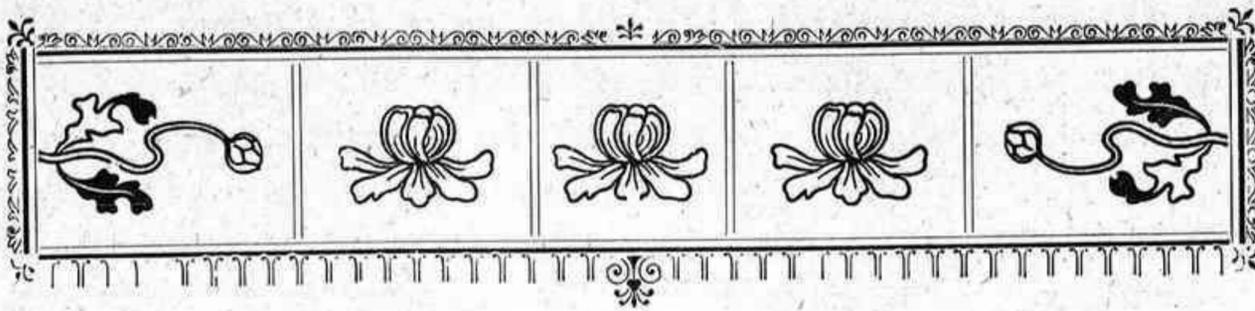
Y basta ya de comentario al reclamo del periodista súbdito del Rey Humberto.

Vea el amigo que nos dió el recorte que lejos de desatender sus indicaciones las tomamos bien en cuenta.

Y quedamos en que..... los poetas pueden hacer un soneto cuando están inspirados; pero que si es fácil de decir es difícil de hacer eso de componer sonetos á todo lo que..... entra en una Galería fotográfica.

ANTONIO CÁNOVAS.





Del lujo en la presentación de la industria.

VUELVEN, de nuevo, á circular por Madrid rumores de que un misterioso fotógrafo proyecta instalarse en la Corte con un lujo inusitado, para dar la batalla decisiva á las fotografías que hoy se tienen por más elegantes y bien puestas.

Sentimos vivísima curiosidad por averiguar el nombre y la procedencia del suicida que tan á mal está con su dinero. Ese apreciable sujeto, sea quien sea, no conoce á Madrid. Madrid es al revés de todos los pueblos de la tierra. En todas partes gusta que el que sirva, sirva *bien vestido*. Aquí nos pirramos porque nos sirvan en mangas de camisa.

Por lo que á la fotografía se refiere, la mayoría del público no entiende de *cuentos* y casi prefiere las Galerías instaladas con pobreza á las puestas con decoro, ya que el verdadero lujo no sea compatible con una industria tan mezquina como la fotografía. Aún resuena en mis oídos la descripción que me hacía un amigo mío de su visita á una de las Fotografías..... populares.—Chico —me decía,—tienes que ir. Es graciosísimo. Empieza porque no hay ascensor. Luego, ya arriba, tienes que agacharte para entrar si no quieres romperte la cabeza. Es una bohardilla. Entrás y no hay donde sentarse. La gente (porque va mucha) aguarda en pie. Al cabo de un rato te cobran y te dan un cartón con un número, que es el recibo. El fotógrafo (que parece tuerto de los dos ojos) te arrea para que te sientes pronto en el banquillo. Si pestañas te regaña. Te apunta, dispara y te empuja para que te vayas pronto, cosa que desees más que él porque la casa apesta á cuanto de más repugnante hay en el mundo. Pero..... debe ganar un

dineral. Aquello estaba lleno y dicen que está siempre así. El retrato es malísimo, pero, ¿qué más quieres que den por dos pesetas?... ¿Verdad que esta confidencia es todo un programa? ¿Verdad que esta descripción es un poema? Pues es rigurosamente histórica.

La gente no suele apreciar el *confort*, la limpieza, el adorno.... En Madrid no sólo no aprecia nada de eso sino que prefiere lo otro.

Ejemplos:

Se fundó el Ideal-Room, y mucha gente prefería los helados



REFLEJOS

Fot. G. Sus.

de Pombo, porque daban más. Y además, y esto lo digo yo, porque..... tiene cerca un callejón que huele á..... conceja!.....

Entre el Pabellón nuevo del Retiro (hecho al estilo del Prè-Catalán y de Armenonville) y el figón de Camorra en la Cuesta de las Perdices, la gente no discute. El pabellón se hundirá, sin producir desgracias, porque está y estará siempre vacío y Camorra se hará millonario.

Entre Parisiana, con todos sus encantos y la Casa de Juan en la Bombilla, las preferencias de la gente son por lo segundo. Aquí gustan los vasos de vidrio de un centímetro de grueso, los platos desportillados, los cubiertos de plomo, los pelos, las moscas..... ¡Eso es lo delicioso! Salones regios, mesas limpias, jardines..... ¡puah! á la Bombilla, á la Bombilla.....

Fornos se hundió porque estaba estupendamente decorado. Era un magnífico café. Lo pintaron de albayalde, le pusieron unos tiestos y..... Fornos ahora se enriquece.

En la calle de Jorge Juan se fundó el año pasado una Pescadería-Carnecería que nada tenía que envidiar á las más suntuosas de Londres. Parecía un pedazo de *Harrow's*. Era una maravilla y un encanto. No parecía allí dentro que se estaba en Madrid. ¡Pues ha durado un año!

Al Casino nuevo de Madrid le motejan de elegante y de grandioso. Son muchos los que en él sienten la nostalgia de aquel piso de la Carrera de San Jerónimo.... de que no queremos acordarnos. ¡Había más intimidad! (dicen). Lo que había era..... el encanto de lo pobretón y de lo puerco que á los madrileños netos nos fascina.

Un platero, amigo mío, se hizo de oro en un chiribitil inmundo de la calle de Hortaleza. Daba asco entrar. Y entraba tanta gente que mi amigo se hizo rico. Se mudó, se instaló bien, con luz, con aire, con lujo.... y ahora no gana una peseta.

Por eso hay otro platero en la calle Mayor que gana un dinerito, y no se atreve á mudarse ni de camisa temeroso de perder la clientela.

He oído decir que la Virgen de la Paloma ha perdido *carácter*. La gente se acuerda de la antigua cuadra convertida en capilla.

Lhardy, que tan bien dá de comer (es el primero) no renueva sus comedores hace treinta años, porque presume que perdería....

Tiene presente que lo que más gusta á los miles de parroquianos que frecuentan la Viña P. y Los Burgaleses, no son los mariscos, sino el tufillo de que se disfruta en esos restaurants.

¿Y qué me dicen ustedes de la Concha? ¿Quién va á Tournié estando la Concha en la calle de Arlabán?

Tal es también el éxito del Buffet.

«.....esa taberna extranjera
que está ahí cerca, en la Carrera,
junto á casa de Lletget.»

(BLASCO).

¿Se trata de teatros? Pues no vayamos á la Princesa, estando el Cómico. En éste, en éste sí que se está bien. Loreto, Chicote, el aguaducho de la esquina, el perfume á aguardiente, y á..... pies, los callejones contiguos..... ¡La delicia!

Acomodadores que no apestan á queso de Gruyère, como en la Princesa.....

—Calla, Fernando..... ¡qué cosas tienes!.... Pónlos blusa, y sucia..... y verás llenos.....

Además no se burlarán de ti porque no imitas á Vico cuando ponía en escena aquellas obras que veíamos embozados en la capa

seis estudiantes, la orquesta y el apuntador..... con una sola decoración de bosque ó de casa pobre.....

Eso, eso es lo que gusta, lo pobre.

En la calle de Isabel la Católica hay un ebanista que lo ha entendido y por ello le felicitamos.

La gente, que se desvive por hacerle encargos, entra en el taller, pisa virutas, huele á cola, tropieza en los bancos, se marea con el ruido de las sierras..... y luego, al final, hay un saloncito con los muebles concluídos. Alguien le advirtió que debía poner el taller en el interior y el salón junto á la calle. Se sonrió y dijo:

—Si mis clientes no se manchasen, al entrar, de serrín, no vendrían.....

Ese ebanista merece, como el dueño de los Burgaleses, una estatua. Es un filósofo.

Y todo es así, todo es igual.....

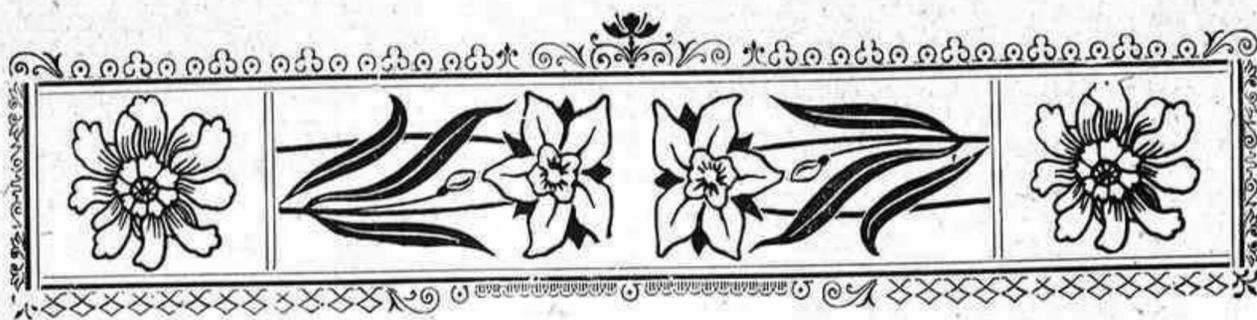
Por eso el industrial que *se dice* que viene á Madrid á poner una Galería deslumbradora, se equivoca de medio á medio.

Nada: sillas de paja..... y, si acaso, pelotillas de asa fétida en los tocadores.....

¡Se le llenará el establecimiento!... —A. C.



Cliché obtenido con un objetivo anastigmático de la Casa SUTER, de Bale.



SISTEMA DE REPRODUCCIÓN RÁPIDA

DE DOCUMENTOS SIN AYUDA DEL APARATO FOTOGRÁFICO,

POR EL DOCTOR GEORGES HAUBERISSER

Los visitantes de la última Exposición fotográfica de Dresde han podido examinar en el núm. 184 de la sala 14, pruebas muy interesantes obtenidas por un procedimiento inventado por el Doctor Karl von Arnhard. El procedimiento en cuestión, de una aplicación muy fácil, permite reproducir, en tamaño natural y sin el concurso del aparato fotográfico, todo el texto ó ilustración de un libro, sin que se haga necesario separar la hoja que haya de reproducirse, ni damnificarse en lo más mínimo el original.

El autor, después de haber hecho por sí mismo varias experiencias por dicho procedimiento, se cree en el deber de dar algunas explicaciones que resultarán útiles especialmente á los sabios de todos los órdenes que trabajan en las bibliotecas.

El método es el siguiente: se aprieta el lado sensible de una hoja de papel al bromuro de plata contra el documento que haya de reproducirse, y se ilumina (ó esclarece) el dorso de la hoja al bromuro.

Para evitar la impresión de los caracteres que pudieran encontrarse al dorso del documento que haya de reproducirse, es necesario cubrir este lado con una hoja aisladora. Si el dorso del texto que haya de reproducirse está exento de caracteres, es inútil emplear este procedimiento y se puede, por el método usual, iluminar el dorso del documento que haya de reproducirse.

Después del desarrollo y el *asentaje*, *asiento* ó *fijeza*, se obtiene una negativa en papel que puede ser impreso y que produce imágenes positivas muy limpias. El fondo no será de un blanco muy puro, pero las pruebas resultarán tan legibles como el original.

Como puede observarse por lo que antecede, el procedimiento estriba en el hecho de que únicamente las partes blancas del texto que haya de reproducirse reflejan la luz proyectada.

Con el empleo de un revelador enérgico se obtendrán negativas en papel, cuyos contrastes resultarán suficientemente fuertes.

Para obtener pruebas tan limpias como el original, es absolutamente necesario que el papel sensible esté en todos sus puntos en contacto con el texto; pues de lo contrario se encontrarán trozos borrosos y mal señalados que impedirá la lectura, en particular si los caracteres son pequeños.

El inventor de este sistema ha construído á este intento un aparato especial, con el cual sin perjudicar nada al original, se consigue obtener un contacto perfecto entre el texto y la capa sensible. Este aparato permite además trabajar con mucha rapidez, pues es fácil reproducir en una hora de 30 á 60 páginas.

Comparado con los procedimientos empleados hasta el día con el auxilio del aparato fotográfico, ofrece este nuevo método la ventaja de un trabajo poco costoso, muy sencillo y muy rápido, y que además se aprende fácilmente y no necesita una larga experiencia.

Este sistema ahorrará á los sabios, á los artistas y á los arquitectos la copia penosa de originales en las bibliotecas.

(Traducido de *La Photographische Correspondenz*)